Capítulo 2 - Lagartos - El Último Orellen

Los lagartos relucientes ya no tenían colas. En lugar de tomar el sol en las rocas, se escondían en sus madrigueras, asomándose para observar al niño que los cazaba.

Antes, no sabían tenerle miedo. Él los había visitado muchas veces en el pasado, y no olía a depredador. Su aroma era el del viento del desierto, y ¿por qué deberían temer al viento?

Luego, hace tres días, algo cambió. El viento vino por ellos. Torpe al principio, lo había agarrado y arañado, atrapando a uno o dos de los más lentos. Les arrancó las colas de un mordisco antes de soltarlos.

Los lagartos aprendieron a temerle. Corrieron.

El viento corrió más rápido. Corrió hasta atraparlos a todos, a cada uno de ellos.

Los pensamientos del viento eran insondables. Sus próximas acciones estaban más allá de su entendimiento. Así, los lagartos temblaban en sus madrigueras, mirando con ojos amarillos nerviosos mientras él secaba sus colas robadas en su roca favorita para tomar el sol.

Se sentó junto al arroyo, con los dedos hundidos en el barro como siempre, y esta vez, cuando llegó la noche, no se marchó. No durmió. Solo miró hacia el desierto o hacia la inmensidad del cielo nocturno.

Cuando llegó la mañana, los lagartos lo vieron recoger sus colas plateadas de la roca. Lo vieron tragarlas, una a una.

Elph descansaba de espaldas en el arroyo. El agua tibia era apenas profunda para que penetrara en sus oídos. La sensación no era desagradable; le ensordecía de una manera que casi le daba calma.

El sol, acercándose al mediodía, brillaba sobre su rostro. Cerró los ojos. Luego, colocó en su pecho la muñeca de paja húmeda, cruzó los brazos sobre ella protectivamente y esperó a morir.

Había vivido meses solo entre las ruinas de su casa, sin recuerdos. Hace unos días, eso empezó a cambiar.

Comenzó a descubrir todas las cosas que no quería saber. Empezó a sentir todos los dolores que no quería sentir. De repente, comprendió tanto acerca de sí mismo, y todo era insoportable.

Temía que la criatura hambrienta regresara. Temía que volviera a adentrarse en su alma… para retorcer, manipular y tomar. Pero, sobre todo, temía despertar por la mañana y descubrir algunas verdades terribles más sobre lo que había ocurrido aquí, a todos y a todo lo que amaba y conocía.

Elph no era un niño valiente. No quería serlo. Anhelaba ser borrado.

La carne del lagarto reluciente era mortalmente venenosa. Tal vez había una razón por la que esa fuera una de las primeras cosas que estuvo seguro de haber descubierto después de…

Quizá, saber sobre los lagartos antes que cualquier otra cosa fue una señal. Pero Elph no pudo arremeter contra esas criaturas; sus manos temblaban, y vomitó cada vez que pensaba en hacerlo.

Nada más podía morir por su culpa.

Luego, unos días después de que los recuerdos comenzaran a regresar, apareció en su mente una presencia solitaria que lo acogió. Un hombre con una barba negra espesa y ojos amables y brillantes sonrió a un grupo de niños sentados junto a la fogata en el centro del pueblo. Les contó una historia sobre el dios lagarto que habitaba en la Montaña Sayar, en el lejano corazón del Erberen.

“Para convertirse en uno de los dioses, un alma debe escapar del destino mortal que la condena a la muerte doce veces”, dijo el hombre. “Nadie está destinado a ser inmortal. Para desafiar el orden natural, hay que estar dispuesto a sufrir en gran medida. La lagartija sabía esto, pues era la más inteligente de los reptiles. Así, cada vez que el dios de la muerte la encontraba y la golpeaba con sus terribles hojas doradas, la lagartija sacrificaba su cola. La hechizó para que se retorciera, como una serpiente en sus últimos esfuerzos, y el dios de la muerte era engañado el tiempo justo para que la ágil lagartija pudiera escapar.”

Eventualmente, la lagartija de la historia escapó de la muerte tantas veces que se convirtió en diosa. Ahora vivía en el Monte Sayar, y el dios de la muerte se había enamorado de ella. Las lagartijas relucientes eran su descendencia.

Una solución al problema de Elph se había presentado.

Al principio, pensó en comer sólo una cola, pero luego le preocupó que tal vez no fuera suficiente. Quizá merecía sufrir una muerte larga y dolorosa, pero no quería. Quería que el dios de la muerte llegara a buscarlo lo más pronto posible. Y quizás, solo quizás, desde que había perdonado la vida a las lagartijas, sería llevado al lugar donde otros ya habían ido.

Ahora Elph recordaba a los demás.

A su madre, con sus suaves y callosas manos.

A su padre, que siempre se reía más que ningún otro en el pueblo.

A su hermana, Fanna. Ella tenía ocho años. Un año menos que Elph.

Había intentado con todas sus fuerzas.

Había intentado protegerla. Y, por haberlo intentado, ella murió la última y en la peor forma.

Algo monstruoso habitaba en su interior. Quizá aún permanecía allí, en espera. Elph aspiraba a que las hojas doradas del dios de la muerte, esos círculos afilados como navajas, fueran lo suficientemente fuertes para acabar también con esa criatura.

Tibió levemente, su respiración acelerándose al pensar en su propia muerte, aunque él la había elegido.

Por un largo rato, no ocurrió nada.

Luego, el primer dolor le atravesó, cruel calambre en un muslo, tan insoportable que los ojos de Elph se abrieron de golpe y gritó, agitándose en las aguas fangosas. Se sentó y comenzó a azotar su pierna con ambos puños, jadeando, rogando que cesara.

“¡No, no, no!” gritó con pánico descontrolado.

No había sabido que dolería tanto. Sus padres y los demás adultos nunca le habían explicado la magnitud del dolor que el veneno traería a la víctima. Sólo le habían asegurado que era inevitable para quien comiera una lagartija.

Antes de que el primer dolor hubiese cedido, llegaron el segundo y el tercero. Sus pies se espasmaron, uno tras otro. Gritó con horror, viendo cómo se retorcían, los dedos y arcos curvándose de forma espantosa.

“¡Para!” gritó en pánico. “¡Para eso!”

Nadie puede oírte.

“¡Papá! ¡Mamá! Por favor…”

Murieron.

“¡Ayúdame! ¡Ayuda!”

También te pidieron ayuda. Y tú los mataste.

Un extraño viento aulló sobre Erberen durante la mayor parte de la tarde, llevando los gritos del moribundo niño a millas de distancia.

Pero el pueblo era muy aislado. No había ayuda posible.

“Santa del tercer cielo,” musitó Megimon con voz rota. Miró la figura retorcida de un niño pequeño. “Aún está vivo.”

Cuando Megimon lo encontró por primera vez, pensó que era un cadáver. Entonces escuchó la leve y dolorosa respiración.

No tenía idea de qué hacer.

Había llegado allí para recuperar un alma errante. ¡No era su misión robar los espíritus de los vivos! Además, el Disco del Destino Sagrado había sido ajustado a parámetros muy específicos. Que hubiera encontrado a este pobre niño significaba que algo fallaba en el aparato. Es probable que su alma ni siquiera fuera del tipo adecuado para el proceso de reubicación.

Esa maldita hada, Lutcha, seguramente hizo algo al Disco además de arrojarlo al estanque.

El niño necesitaba sanación, pero Megimon no era sanador. Era un erudito en magia espacial, especialmente en portales y navegación interplanar. Podía curar una rodilla rasgada, pero esto superaba cualquier capacidad suya. Se asemejaba a la Punta de Kashwin, y, por lo que sabía de su infame veneno, no existía cura alguna.

La suerte claramente había abandonado a este niño. Si solo hubiera caído con la cara en el agua poco profunda, habría ahogado antes de sufrir una muerte tan horrible. Y si un hechicero de alto nivel, experto en artes curativas, hubiese encontrado al niño en lugar de Megimon, quizás habría podido salvarlo.

Si hace cincuenta años se hubiera topado con un niño moribundo, Megimon al menos sabría a quién llevarlo. Sin embargo, no estaba seguro de que en el mundo real hubiera un sanador lo suficientemente poderoso para revertir tanto daño en ese momento.

Eso solo dejaba…

Quizá no fuera una opción tan terrible. Miró alrededor del desierto vacío. Los aldeanos del pueblo cercano, que parecía estar en ruinas, habrían muerto hacía meses, y no había otros asentamientos en la zona. Desde luego, no a pocas leguas. Y apenas había vegetación, así que no tendría que preocuparse por que la corrupción se extendiera.

—Espera un momento, muchacho—dijo Megimon, sacando un largo filamento de cristales deformes de sus ropajes—. Si logras vivir un poco más, tal vez puedas crecer. Y también podrás conocer a un hada. Tendrás una historia aterradora para que tus nietos no te crean algún día.

El hechicero murmuraba maldiciones mientras preparaba el círculo de invocación, con dolor cada vez que el niño soltaba un débil gemido de dolor.

Lutcha había colocado a Megimon en esa terrible situación. Ella podría ser quien lo sacara de allí.

Revisión #1
Creado 19 abril 2026 04:34:36 por Alice Johnson
Actualizado 19 abril 2026 04:34:39 por Alice Johnson